

A SUELDO

Se levantó esa mañana con cierta sensación de nostalgia por las verdes montañas y los grandes cultivos de aquella vereda cercana a Candelaria de donde se marchó hacía ya tres años, cuando la guerrilla pasó reclutando gente con la promesa de pagarles un buen sueldo. Tenía entonces treinta años y desde ese momento le había sido difícil volver a su casa bajo la amenaza de perder a su familia.

Recordaba a su madre que a esa hora estaría cocinando el maíz, limpiándolo con lejía hasta dejarlo mas blanco que una pepa de guama. La vieja había sido un roble. Sola levantó once hijos. No se había acobardado ni ante la violencia de aquella noche cuando las tropas de izquierda irrumpieron en el rancho y le mataron a su viejo.

Luis entró al baño, cerró la cortina y una sonora cascada de agua helada le recorría el cuerpo. Desde hacía tres meses vivía en esa casa del barrio Alfonso López con un camarada en el cual podía confiar. Las cosas en la guerra no eran fáciles. Debían evitar cometer errores. Había enterrado el miedo. Ya nada podía aterrarlo desde la vez que le dieron a beber pólvora con aguardiente. Pensó en 'Sandra' la mujer que fue su compañera en las selvas del Casanare. Pero ella no importaba ya, además ahora era la mujer de "Camilo". Se envolvió en una toalla, fue hasta el cuarto y se vistió rápidamente. Debía encontrarse con 'Kike' en la cafetería de siempre para juntos realizar lo planeado.

Doña Flora molía el maíz mientras su nuera Gladis bañaba la niña en el lavadero de piedra que borboteaba en el solar. La anciana se apresuraba a compactar la masa, moldear unas arepas y luego asarlas sobre una rejilla que había puesto en el fogón.

Eran las siete y Luis sofreía un huevo en la estufilla de gas. Se sirvió en una taza un poco de café negro.

Gladis y Flora empacaban algo de ropa y acomodaron el fiambre en una cesta de mimbre. En el fondo pusieron un queso que cuajaron la noche anterior y que la vecina les había guardado en el refrigerador de la tienda. Cerraron las ventanas, trancaron la puerta que lleva al patio. Revisaron que no se les quedara nada y luego de ajustar la cadena con un grueso candado, se dirigieron a la estación de buses donde tomaron un expreso en dirección a Cali en una visita sorpresa que le darían a Luis.

La emoción no les cabía en el cuerpo. "Ahora que las cosas cambiaron y Luis trabajaba en la ciudad, podían vender la casa en el campo y empezar una nueva vida".

Todo estaba listo. Luis, nervioso, trataba de controlarse. Su trabajo en la milicia urbana le estaba dejando buen dinero. No veía la hora de independizarse y dejar de pelear por causas que no eran las suyas. Los comandantes no se involucraban en la guerra sino para hacer los planes y ponerlos a ellos cómo carne de cañón.

Vio los ojos de la muerte tantas veces y llevarse a sus mejores amigos, a gente cómo él, capaces de hacer lo que fuera por un poco de comida. ¡Pero era tan difícil escapar sin temer un cobro de cuentas!

Los objetivos infames consistían en acribillar a cientos, engañar niños, poner carros-bomba en sitios estratégicos para diezmar militares mientras seguían reclutando gente contra su voluntad.

Miró el reloj. Si todo salía bien, luego de recibir su pago, desertarían con 'kike' y viajaran al Ecuador. Mandaría por su vieja, por Gladis y por la niña.

Tomó el maletín negro que contenía el control remoto para detonar la enorme carga de explosivos camuflada en el Volkswagen azul que le robaron al último rehén. Le habían cambiado la placa para no levantar sospechas.

Luis se bajó de la buseta y se dirigió a la terminal. Se situó en un punto no muy alejado del lugar señalado.

El comandante que dirigía el frente 41 del grupo insurgente había sido muy claro: detonarían la bomba a la 8 en punto.

Luis tenía la esperanza que esa última misión terminara: quería olvidar la misma pesadilla, en la que se veía con muchos cadáveres encima que le apretaban el pecho y no lo dejaban respirar.

Anita, la niña, sentada en el regazo de su madre no entendía para dónde iba. Sólo miraba inocentemente por la

ventanilla del bus. En cinco minutos llegarían a la Terminal y después tomarían un taxi hasta el barrio Alfonso López.

- Imagina la cara que pondrá Luis cuando nos vea. -Le dijo Gladis a su suegra.

- Por fin Anita conocerá a su padre- contestó doña Flora.

Luis comenzó a sudar frío cuando vio que faltaban dos minutos.

El bus llegó a la terminal de transportes. Flora descendió primero y le recibió la niña a Gladis. Sólo esperaron que les entregaran el equipaje.

Había llegado el momento. Luis presionó el botón que detonó el carro que estaba delante del bus expreso. Un estruendo sacudió la ciudad.

A la mañana siguiente, Luis supo el tamaño de su desgracia cuando leyó los diarios. Se dio cuenta que la operación no había sido todo un éxito: sin saberlo, había volado en pedazos la tibieza de su propia carne.